

Cuaderno abierto

Por Antonio PEREIRA

En el mundo de la literatura, del arte en general, se habla de los aviones aciagos. La pérdida de Manuel Scorza el de **Redoble por Rancas**, la de Ángel Rama y Marta Traba, y la carrera de la pianista Rosa Savater segada de un corte brutal... Y luego, los nombres de quienes siguen felizmente entre nosotros pero que cerca anduvieron de las listas sombrías. Eso que se ha dado en llamar «el avión de los poetas». Una de estas tardes madrileñas apareció por el café «Gijón» José García Nieto. Nada que no se corresponda con la costumbre, sólo que esta vez nos estrechó la mano con una efusión que me pareció especial. Luego comprendí que era por lo de Mejorada del Campo, una aventura que pudo acarrearle el no ver nunca más su Parque pequeño. García Nieto fue mi compañero, o más bien mi guía, en un avión de hélice que hace bastantes años nos llevaba a Mallorca para celebrar a Fray Junípero Serra, acaso en lo que fuera mi bautismo del aire. Pienso que los demás contertulios (si apartamos a Díaz-Plaja) son gente que prefiere pisar la tierra. Garciasol va a El Escorial o se mete en un autocar para admirar las catedrales de Europa. A Eusebio Tomelloso, que no lo saquen de Madrid, como no sea para ir a su Tomelloso.

-.-

Yo mismo, sensibilizado por la desgracia de los colombianos, oía con un poco de desazón la voz del piloto en un avión del puente aéreo: «Les habla el comandante». Y una voz firme avisaba de que la niebla tenía a Barajas en el límite de las posibilidades; que se iba a intentar la aproximación; que si no había plena seguridad regresaríamos al aeropuerto de Prat. Volví a la lectura del periódico, a la naranjada obsequiosa, y ya estábamos aterrizando sin novedad, en la meseta oreada de Madrid. Lo que yo no podía saber es que 48 horas más tarde debería volver a Barajas y no para remontarme en el aire sino a indagar, a esperar, a suponer las consecuencias de un nuevo golpe terrible. Todo el recinto era un dolor plural, pero el mío tenía un nombre propio y leonés, César Llamazares Ortega. Fue mi médico (lo es su padre); pero además, casado con María Teresa Camy, César Llamazares había entrado en nuestra familia. La muerte debió de encontrarlo abrazado al proyecto entusiasta que había levantado para el gran hospital de Valdecilla, que ahora llora a su director. Además, César pintaba, César escribía. Malos vientos -malas nieblas- han corrido para la cultura.

-.-

Guillermo Díaz-Plaja, cronista de tantos viajes y cantor de ínsulas extrañas, insiste mucho sobre la maravilla de que seamos la primera generación cruzando los cielos como si tal cosa. Sería vano que al aceptar esta realidad no asumiéramos la cuota de riesgo que nos corresponde. Aunque obviamente, clamorosamente, estemos pidiendo que ese riesgo sea reducido mediante la técnica y la responsabilidad. En todo caso, la historia la urdimos los vivos sobre la cinta sin fin de los muertos. En el mismo Barajas, muy cerca del dolor, estaba creciendo ya un aire de esperanza. Quizá se hablaba un poco más bajo, los abrazos se prolongaban más de lo habitual. Pero pasaban azafatas, hombres uniformados, todos con su oferta de sonrisa y aplomo, mientras por los altavoces una voz aterciopelada insistía llamando:

«Pasajeros de Iberia con destino a Londres, Iberia passengers flying to London, gate, puerta número 9...»

O sea, que hay que seguir viviendo, seguir volando. Pienso que esto lo entenderían bien Scorza y Ángel Rama y Marta y César y Rosa.